

royera sus corazones,» como el Corán lo expresa gráficamente aunque en sentido figurado, le importaba menos que el no poder contar jamás con ellos, y deber, por el contrario, tenerles toda clase de consideraciones. Mahoma no se atrevía a provocar la explosión del rencor latente en ellos, que fácilmente hubiera sido peligrosa para la comunidad, amenazada todavía durante algunos años por los de la Meca y otros enemigos; y ellos por su parte, si no se atrevían a empuñar las armas, daban á menudo expresión punzante á su descontento por medio de acres epigramas: «da de comer al perro y te morderá,» era el tema que tenían mas á mano para hacer variaciones sobre él. Pero si molestaban y mortificaban de varios modos al Profeta *los hipócritas* (1), como se les llama siempre en el Corán, aunque indeterminada, transparentemente, no fueron jamás para él un peligro serio, y podía contentarse con prevenir en general contra el veneno de la hipocresía á sus creyentes en repetidas amonestaciones, sin penetrar en el terreno de las personalidades. Con los triunfos en el exterior que iban sucediéndose, crece también de una manera irresistible el poder del Islam dentro de la jurisdicción de la ciudad; el número de «los hipócritas» va disminuyendo, y después de la muerte de Abdallah Ibn Ubaíy (630) desaparecen por completo.

Mas quehacer dieron á Mahoma los judíos que los hipócritas. Con ellos, fundamentalmente monoteístas, había contado en particular, habiendo procurado con declamaciones laudatorias de Moisés y Aaron y con acomodamientos del servicio divino hacerles agradable el Islam. Pero los judíos conocían ya lo suyo, y estaban prevenidos contra el nuevo Profeta. Querían saber primero si la pretensión de aquel hombre, de estar destinado por disposición divina á enseñar la primitiva verdad, como había sido revelada en otro tiempo á Abraham y á Moisés, era justificada ó injustificada. Por eso le hacían toda clase de preguntas sobre cosas del Antiguo Testamento y del Talmud, para poner á prueba su sabiduría acerca de las cosas divinas. Mahoma, que en general solo debía al trato con judíos y cristianos su conocimiento de hechos bíblicos, y que, como se comprende, en muchos casos apenas había entendido la mitad de aquellos relatos (2), no salió bien librado del exámen. Cuando los judíos notaron lo poco que sabía, tomaron á broma su misión y se complacían en ponerle en aprietos con toda clase de preguntas, para después, cuando había demostrado su ignorancia con sus contestaciones, ponerle en ridículo entre sí, ante los hipócritas y hasta entre sus propios partidarios. Esta era una cosa en extremo peligrosa para él. El Corán había declarado mas de una vez la identidad de su doctrina con el mosaísmo; si, pues, ahora resultaba que en realidad no era así, la confianza de los creyentes debía recibir un golpe imposible de remediar. Mahoma salió como pudo del compromiso: esos judíos,—así manifestó desde entonces en sus revelaciones,—lo mismo que los cristianos, han falseado la Sagrada Escritura, que les había sido transmitida por Moisés; de ahí sus contradicciones con la

(1) *El-mundífikín*, propiamente: «los que procuran esconderse.» El verbo de igual significación se deriva del nombre del gerbo que se oculta en su madriguera; indica, pues, en sentido figurado, *procurar esconderse de alguien*, ó sea, comunicar una idea falsa de sí mismo. De conformidad con esto definen los filólogos un *mundífik* como á alguien que «esconde su falta de fe en el corazón y con la lengua la confiesa.» Ni hipócrita ni mojigato corresponden exactamente á la idea que se quiere expresar, pues que esos *mundífikín* no hacían alarde de celo religioso, sino que se habían acomodado al Islam por considerarlo de todo punto necesario para conservar la paz en la ciudad.

(2) Como se desprende del texto de algunos pasajes del Corán, parece, por ejemplo, que solo muy poco á poco llegó á penetrarse de la idea de que Isaac había sido hijo de Abraham.

pura verdad del nuevo enviado del cielo. Esto tranquilizó por de pronto á los creyentes; pero siempre resultaba muy desagradable la vecindad de adversarios tan amigos de controversia y tan duchos en ella. Desde entonces truena continuamente en el Corán contra los obcecados hijos de Israel; échales en cara todos los pecados que en otro tiempo habían cometido contra sus varones de Dios, y les amenaza con todos los castigos celestes imaginables. Al propio tiempo se desliga de ellos también por medio de actos: ya en el segundo año de la Egira (623) modifica las prescripciones referentes á la dirección hacia Jerusalén (*Kibla*) de la plegaria y el ayuno en el día de la reconciliación, imponiendo, en lugar de la primera, la dirección hacia la Meca, y, en lugar del último, una celebración de sacrificios en el día postrero de la festividad de la peregrinación mecana, el 10 Dhu'l-Hiddscha, introduciendo al propio tiempo un ayuno general durante el mes del Ramadan (3). También pertenece á esta época la institución de la llamada á la oración (*adhan*), que viene á sustituir á las trompetas de los judíos y á las campanas (4) de los cristianos. Bilal fué honrado con este nuevo cargo á causa de su voz, que resonaba á larga distancia.

La modificación de la Kibla es un acontecimiento de mucho mas alcance de lo que á primera vista pudiera parecer. Ciertamente que en la Meca se había manifestado Mahoma adversario de los ídolos, pero no de las antiguas ceremonias cuyo centro era la Ka'aba, la cual, como «casa de Allah,» continuó siendo sagrada tanto para él como para los de la Meca. Cuando emigró de la ciudad de su nacimiento y contaba ante todo con los judíos para su porvenir, fué primeramente Jerusalén el fin y objeto de su «viaje nocturno» y después, desde Yathrib, el centro ideal de la comunidad. Esto no bastó para asegurarle el reconocimiento de los judíos, y su resistencia le condujo al arabismo exclusivo y, por lo mismo, á volver también su mirada al legítimo santuario árabe de la Ka'aba. Así, los adversarios de su doctrina son otra vez los que le hacen emprender contra su voluntad el nuevo camino que le debía conducir á la victoria. Solo entonces se desligó definitivamente el Islam de la última de las antiguas religiones de las cuales había tomado exclusivamente su contenido ideal. Lo que aparece de original en su dogma,—es bastante poco y atañe principalmente á exterioridades,—es el resultado de la arabización de máximas cristianas y judías, la cual comienza sustituyendo la casa de Dios en la Meca al templo cristiano de Jerusalén, situado en el monte sagrado del Dios de los judíos. De conformidad con esto, los esfuerzos de Mahoma se dirigen desde entonces á amoldar su doctrina á las tradiciones y preocupaciones de la antigua Arabia, en cuanto es compatible con el axioma de la unidad de Dios y con su pretensión á la dignidad de último y mas grande de los profetas. Rebasando entonces el Islam los límites de una simple secta cristiana ó judía, se convierte en la *religion nacional del pueblo árabe*. Con esta tendencia estaba, pues, fuertemente ligada al propio tiempo la incesante aspiración á someter por la fuerza de las armas á los incrédulos de la Meca: la casa de Dios era imposible que permaneciera en

(3) Según la pronunciación perso-turca *Ramazan*, escrito á menudo *ramasan* según la ortografía francesa.—Si se ha admitido que esos ayunos, cuyos detalles daremos mas adelante, correspondían al ayuno de cuarenta días de los cristianos, solo puede haber sido por la duración aproximada de ambos, pues cuando fueron introducidos caía el ramadán no antes de Pascuas sino en diciembre. Sin duda Mahoma procuraría también en esto transportar al árabe una mortificación tomada por los hanifes de los ascetas; por eso destinó á ello el espacio de un mes árabe.

(4) En el Oriente mas bien los *nakis*, largos mazos de madera los cuales se chocan unos con otros.

poder de los paganos. Esto no quiere decir que sin ello hubiera podido evitarse la guerra,—las primeras hostilidades se habían roto ya antes de la modificación de la Kibla,—pero el celo belicoso contra los koreischitas se había aumentado y el anhelo por la posesión de la Ka'aba era cada vez mas violento, á medida que su importancia crecía los ojos de los musulimes. Tal vez ya en el año tercero ó cuarto de la Egira (625 ó 626) se impuso el *Haddsch*, ó sea la participación en la antigua fiesta nacional de la peregrinación, á los creyentes, como deber religioso ineludible, que solo había perdido su vigor á causa de circunstancias del momento, y de este modo se realizó definitivamente la fusión del monoteísmo puro con la tradición nacional.

Los mas importantes testimonios de la descripción que acabamos de hacer de los sucesos ocurridos en los primeros años de la residencia de Mahoma en Yathrib, consisten en las indicaciones con que el Corán hace referencia á los diversos bandos y acontecimientos. Al nuevo estado de cosas corresponde la modificación de la forma y del contenido de las revelaciones de aquella época. Ciertos giros comunes del período de la Meca se repiten todavía, pero con fatigosa uniformidad, sin vida interior, y solamente, en cierto modo, para dar fe de la continuidad de la revelación; fuera de esto, solo las leyendas de los profetas, que desde entonces no sirven mas que de amonestación á los hijos de Israel, recuerdan todavía el estilo primitivo. Además, á la predicación de verdades religiosas sustituyen extensas prescripciones sobre el arreglo de la vida política y religiosa de los creyentes; los ataques á los paganos están sustituidos por larguissimas oraciones, mas ó menos adornadas de censuras y amenazas contra los judíos é «hipócritas,» pero raras veces contra los cristianos. Gran espacio ocupan también los pasajes que nosotros, para hablar con brevedad, calificaremos como órdenes del día y disposiciones de corte napoleónico, en los cuales se excita á los creyentes á la lucha, se les ensalza por el arrojo mostrado ó se les censura por la peligrosa indisciplina. El primitivo ardoroso entusiasmo del ferviente adorador de Dios, se ha extinguido en el Profeta con los años, y solo era sustituido alguna vez por el lenguaje forzado hasta la mas artificiosa violencia. La forma de las frases, cortas y enérgicas, de rimas muy marcadas al final, se ha convertido en una prosa bastante vulgar y pesada, en la que pasan casi inadvertidas las rimas, descuidadas é inexactas, que se presentan solo cada dos ó tres renglones. Si bien la lectura de estas partes del Corán, por cierto las mas extensas, es, por lo mismo, fatigosa para el que busca en ellas el goce estético, y á la larga hasta se hacen insostenibles, en cambio ofrecen al que emprende el estudio minucioso de la historia de la época y del desarrollo de las prescripciones religiosas y políticas del Islam, abundante material aun, con mucho, no agotado todavía y del mas elevado interés histórico. Volveremos á hablar de él en el capítulo en que hagamos la exposición general de la doctrina mahometana.

Hacia fines del año 622 Mahoma se encontraba ya en situación muy desembarazada en Yathrib, «la ciudad,» (*el Medina*) como se la llamaba cada día con mas frecuencia (1).

(1) Yo creo que ya antes de la llegada del Profeta los habitantes de Yathrib designaban entre sí á su población como «la ciudad» (*urbs*), ya por oposición á los arrabales, con los cuales «la ciudad» llevaría el nombre del conjunto, ya en oposición á los alrededores mas lejanos. La palabra *Medina* es de origen arameo eventualmente judío, y, por lo mismo, debió de ser usada ya por los primitivos habitantes aun antes de la inmigración de los Ans y Jasadsh. Para designar una ciudad en general la emplea ya Mahoma repetidas veces antes en el Corán, y como tantas otras palabras extranjeras que usa en él, la tomaría de sus cono-

No solo podía confiar en sus «compañeros de emigración» como en sí mismo, sino que el número de «los auxiliares» se aumentaba continuamente, y estos mostraban también en su mayoría loable celo por la causa de Dios. Así, pronto se encontró en situación de prepararse á saldar cuentas con los de la Meca. Según las ideas árabes, los de la Meca tenían derecho á declarar la guerra al compañero de tribu rebelde y á los que le concedían apoyo. No pensaban en ello los pacíficos mecanos; pero Mahoma no tenía en manera alguna intención de dejarles cuidar en paz de sus negocios. Había anunciado bastantes veces en són de amenaza que Dios había decidido aniquilar á los que se resistían á su fe; era, pues, deber suyo ejecutar el decreto divino tan pronto como contase con medios para ello. Ciertamente que por el momento eran escasos los que tenía á su disposición; los «auxiliares» solo se habían comprometido por de pronto á defenderle en caso necesario, y con su corto número de moadschirs no podía comenzar una guerra formal contra los koreischitas. Pero quería causarles todo el daño posible y cuanto antes. En esto, aconteció que la indigencia de los suyos fué en aumento, ofreciendo serias dificultades la alimentación de las «gentes de los soportales.» En semejantes casos, estaba el árabe acostumbrado á tomar del prójimo aquello de que él mismo carecía, y los viajes regulares de las caravanas de la Meca á la Siria y al Yemen,—las primeras de las cuales solían además pasar á muy corta distancia de Medina,—prometían fácil botín á una partida de merodeadores que cayera sobre ellas de improviso. Las primeras pequeñas partidas que Mahoma envió con este objeto, próximamente durante el período de diciembre de 622 hasta octubre de 623, capitaneadas alguna vez por él mismo, no tuvieron por cierto buen éxito: ó se había llegado demasiado tarde ó los koreischitas habían sido previsores y desaparecido á tiempo, ó eran en demasiado número ó una tribu vecina se había interpuesto en su camino. Pero estas expediciones no fueron del todo inútiles, pues se logró celebrar tratados de paz y amistad con algunas pequeñas tribus que moraban entre Medina, la Meca y el mar, cuyos tratados sirvieron para abrir camino mas allá de Medina á la influencia política del Islam. De botín no hubo nada, que era, sin embargo, lo principal. Entonces se le ocurrió al Profeta un expediente grave. Se acercaba el Radschab, uno de los cuatro meses sagrados, durante los cuales reinaba la tregua en Arabia. Envió, pues, á uno de los suyos que sabía leer, llamado Abdallah Ibn Schahsch, junto con otros siete, con instrucciones selladas, á Nahla, situada en el camino de Taif dando la vuelta á la Meca. Cuando llegó á dicho punto Abdallah y abrió el pliego, se encontró con la orden de acchar á los koreischitas con aquellos de sus compañeros que voluntariamente quisieran seguirle. Pronto se acercó una caravana que llevaba pasas y cueros de Yemen é iba escoltada por cuatro hombres de Koreis. Entretanto, sin embargo, había empezado el mes sagrado. Las instrucciones de Mahoma eran ambiguas y se dividieron las opiniones acerca de su sentido; pero prevaleció finalmente, como de costumbre, el parecer de los mas celosos; la caravana fué sorprendida, muerto uno de la escolta y llevados dos prisioneros á Medina con los géneros apresados; sin embargo, allí aguardaba una mala acogida á los que habían procedido con arrebato. El Profeta se manifestó extraordinariamente sorprendido;

cidos judíos ó cristianos. En el pacto solo aparece el nombre oficial Yathrib; poco á poco se acostumbrarían también él y los suyos á la designación de «la ciudad,» designación que después oscureció por completo el nombre propio, pues que se empezó á interpretar *el medina* «la ciudad,» como *medinat-en-nebí*, «la ciudad del profeta,» usándose asimismo esta última expresión.

declaró que él no había dado órdenes á nadie para luchar en el mes sagrado; mandando poner aparte el botín en vez de repartirlo como era costumbre; en una palabra, desaprobó lo hecho por su gente con el talento de un consumado diplomático, de modo que los infelices cayeron en la desesperación, sobre todo cuando también los otros musulimes, siguiendo el ejemplo de su maestro, les abrumaron con las mas amargas reconvenciones. Al mismo tiempo los judíos se permitieron toda clase de chistes de mal género con sus nombres, y los de la Meca dieron rienda suelta á su indignación, gritando en todas partes que las gentes de Mahoma no respetaban los meses sagrados, y que por esto podía presumirse qué gentuza eran. El enviado de Dios dejó estallar la tempestad y luego publicó la siguiente revelación (capítulo II, 214): «Ellos te preguntarán sobre el mes sagrado, y sobre la guerra durante él. Diles: la guerra en este mes es pecado grave; pero separarse de la vía de Dios, y no creer en él, ni en el oratorio sagrado, y arrojar de su recinto á los que lo habitan, es un pecado mucho mas grave á los ojos de Dios, y la *alta traición* es peor que matar. Ellos no cesarán de hacerlos la guerra con el objeto de conseguir desvíos de vuestra fe.... Mira: los que han aceptado la fe y, juntamente contigo, han abandonado la patria y demostrado celo en los caminos de Dios (1), esos pueden confiar en la misericordia divina: Dios es rico en perdon, misericordioso.» Ya se ve que aquí también fué el cordero el que enturbió el agua. De todos modos eran ya bienaventurados, y desde aquel momento quedaron justificados, los piadosos merodeadores; el botín fué repartido y además se recibió de los de la Meca, que reclamaron la libertad de los prisioneros, 1,600 dirhems por uno de estos, pues el otro prefirió convertirse y permanecer en Medina.

El que considere sin preocupaciones el desarrollo de este incidente no podrá dudar de que era intencionada la ambigüedad de la orden escrita del Profeta. Mahoma conocía á su gente y él mismo ya era otro del que se había mostrado en la Meca.

Los koreischitas, siempre aferrados á la idea de sostener á toda costa la paz en interés de su comercio, no tomaron disposiciones de ningún género para vengar la afrenta recibida. A Mahoma, que quería la guerra, tocaba adoptar nuevas medidas. Los «auxiliares» entretanto habían ido aumentando en número é infundiendo mayor confianza. Por otra parte, el deseo de hacer botín es contagioso, sobre todo cuando las primeras tentativas para obtenerlo dan buen resultado: así podía intentarse exigirles algo mas allá del pacto defensivo. Por este tiempo fue cuando Dios, por medio de una revelación, impuso á los creyentes, como deber religioso, la guerra sistemática é incesante contra los infieles. «Combatid en el camino de Dios á los que os combatan, pero no os excedais (de este límite); Dios no quiere á los que se exceden. Matadlos donde los encontréis y alejadlos de donde ellos os han alejado (2); la *alta traición* es peor que matar (Cap. 2, 186 y 187).» Y mas adelante: «Se os ha prescrito la guerra, aun cuando os inspira aversión; pero tal vez encontréis repugnante una cosa que os sea saludable y deseéis otra que os sea perjudicial, y Dios sabe lo que vosotros no sabeis (Cap. 2, 212 y 213).» Los fieles de casi todas las religiones han considerado necesario ayudar á Dios en sus santos designios matando á los hombres creados por él. Tan fundamental como cualquiera doctrina religiosa es la necesidad de esta medida, pero solo en el Islam aparece

(1) «Celo en los caminos de Dios» significa principalmente para el musulmán la lucha contra los infieles, y de ahí que la palabra respectiva (el-dschihad) sea la expresión usual de «guerra santa.»

(2) Esto es, de la Ka'aba (véase la cita anterior).

en su expresión mas escueta, por lo mismo que se ha convertido en religión nacional árabe, y el árabe no tiene alcances para comprender la coexistencia amistosa y pacífica de tendencias opuestas.

Al mandato sigue la conocida recompensa: «Así perdonaré sus malas acciones y dejaré entrar en los jardines del paraíso, por los que serpentean arroyos (agua viva), á los que han abandonado su patria, han sido arrojados de ella y sufrido en mis caminos, y han peleado y han sido muertos (Cap. 3, 194).» Sabido es el arrojo despreciativo de la muerte que aun hoy día llega á encender esa seguridad en el corazón de los guerreros mahometanos; de su efecto en los ánimos de los primeros creyentes sería difícil formarse ahora una idea exacta. No debemos, pues, extrañar que á los 83 compañeros de emigración que respondieron al llamamiento del Profeta en Ramadan, 2 (aproximadamente, enero de 624), para seguirle á una nueva correría, se agregaran ya 61 hombres de los Ans y 170 de los Jasadsh. Los espías destacados habían llevado noticia de que una gran caravana de la Meca, bajo la dirección de Abu Ssofyan, de la casa Omayya, y á la cual en vano se había acechado en el otoño cuando se dirigía á la Siria, había emprendido el regreso y se acercaba al Hedyaz.

El domingo 8 de enero de 624 el pequeño ejército de los musulimes, que contaba 306 hombres, 70 camellos y dos caballos, despues de rebajados algunos fieles obligados á permanecer en sus casas por diversos motivos, se puso en marcha en dirección al Oeste, por donde Abu Ssofyan, cautelosamente, y además conocedor de los preparativos guerreros de Yathrib, se adelantaba con la caravana á lo largo de la costa hacia el Sur. A las primeras noticias graves que llegaron á sus oídos, despachó en el acto un mensajero á la Meca en busca de refuerzos para la débil escolta de la caravana. Esta era numerosa y el valor de sus mercancías estaba calculado en 50,000 dinars (750,000 pesetas); así, puso mano á las armas todo el que tenía en ella algo de su propiedad ó cualquier otro género de interés: parece que casi todos los hombres de la Meca capaces de tomar las armas se pusieron en movimiento, teniendo á su frente á los principales de la tribu, Abu Schachl (Amr Ibn Hischam), de la casa Machsum, Otba y Scheiba, hijos de Rabí'as, de los Benu Abd Schams, y Omayya Ibn Jalaf, de los Schumach. Hasta los haschimitas, parientes de Mahoma, no titubearon en unirse á la expedición contra el rebelde; tan solo aquel que mas contrario le había sido, su tío Abu Lahat, se vió imposibilitado de concurrir por un accidente imprevisto. Lo mas pronto posible, apenas dos ó tres días despues de la llegada del mensajero, emprendió el contingente su camino hacia el Norte. Eran 950 hombres con 700 camellos y cien caballos, es decir, tres veces mas fuerte que la pequeña hueste de los musulimes. Esta, entretanto, se había dado prisa en llegar á Bedr, estacion acostumbrada de las caravanas á 20 millas al Oeste de Medina y á 40 al Nornoroeste de la Meca, donde varias fuentes ofrecían buen agua potable. Sin embargo, antes de llegar á esta poblacion supieron que la caravana, á las órdenes de Abu Ssofyan, había pasado á marchas forzadas el punto peligroso y se encontraba ya en seguridad, y en cambio que el ejército de los de la Meca, con fuerzas muy superiores, se encontraba en las cercanías. En efecto, este último, á pesar de haber conseguido ya el objeto inmediato de su expedición con la salvación de la caravana, no desistió por eso de adelantarse hasta Bedr. Muchos estaban aun sedientos de venganza por la pérdida sorpresa de Nachla y otros creían que el enemigo no se atrevería á atacar á fuerzas triplicadas. Especialmente Abu Schachl, partidario de esta última idea, fué de opinión que no debía suscitarse ni aun siquiera la sospe-

cha de cobardía retirándose en aquel momento; que se debía llegar hasta las mismas fuentes de Bedr y pasar allí tres días alegremente comiendo y bebiendo, lo cual impresionaría á los árabes y les infundiría respeto. No pensó que el mismo horror á la nota de cobardía impedía á los musulimes intentar por su parte la retirada. En efecto, el consejo de guerra convocado por el Profeta exigió unánime y entusiasta la aceptación del combate. Los creyentes llegaron los primeros al valle de Bedr cerrado por todas partes por montañas y colinas, en el cual se encontraban las fuentes; allí Mahoma mandó hacer alto, ocupar la mejor y mas abundante de las fuentes y destruir las otras para que los koreischitas no tuviesen agua. La medida era oportuna, pero en este caso no surtió todo su efecto porque había llovido abundantemente poco tiempo antes y el combate no podía dilatarse. Con todo, los de la Meca sintieron vivamente que sus contrarios se les hubiesen adelantado; El Aswad, de los Maschum, juró que él bebería de la fuente ó la destruiría aunque debiese perder la vida. El 17 Ramadan (aproximadamente 13 de enero de 624) avanzaron contra la posición de Mahoma.

El modo de pelear de los antiguos árabes recuerda en mas de un concepto el de los héroes de Homero. Si se encontraban ambos ejércitos frente á frente en campo abierto, salían de las filas guerreros reputados y retaban á combate singular á los hombres del bando contrario. El combate era contemplado con ansiedad por ambos lados y como el triunfo ó la derrota excitaban las pasiones, se desarrollaba poco á poco una lucha confusa á brazo partido en la cual la victoria se debía frecuentemente más á casualidades que al número ó al arrojo de los combatientes. Pero lo mas comun era que en lugar de en batalla campal se procurara dispersar á los adversarios por medio de un ataque imprevisto. Si se conseguía esto, venía inmediatamente una carnicería atroz; pero si el enemigo estaba en guardia, la hueste acometedora se esparcía en todas direcciones con la misma rapidez que había llegado. En Bedr los creyentes no podían pensar en semejante forma de ataque. Eran raros entonces los caballos en Arabia, y Mahoma á la sazón, en que el material de guerra así como la riqueza particular de los musulimes eran muy escasos, no tenía casi ninguno. Pero sabía que podía fiar en sus hombres. Lo que no comprendía ningún otro árabe, esto es, *obedecer*, era cosa natural en los creyentes. Lo habían aprendido acostumbrándose en la observancia puntual de las oraciones, con su imitación mecánica de todas las actitudes del Profeta, que era el primero en rezarlas, á refrenar los movimientos de sus miembros así como los impulsos del ánimo, en conformidad con la indicación del Profeta. Muy gráficamente se llamaba al oratorio de Medina «el campo, de ejercicio del Islam.» De este modo mostraron los musulimes, desde la primera prueba de su aptitud guerrera, que el secreto de todo triunfo militar, *la disciplina*, no solo les era conocido sino que había penetrado en todo su sér. Resistieron como muros el choque de los cien jinetes koreischitas acaudillados por Omeir Ibn Wabh, de la casa de Schumach, y viendo este que no era posible romper sus filas se retiró sin descargar un solo sablazo. En seguida se pusieron en movimiento los infantes de la Meca y avanzaron pausadamente: los creyentes continuaron inmóviles, como se lo habían ordenado sus jefes. Primero que todos, se adelantaron entre las filas de ambos combatientes Amir Ibn el-Hadramí, cuyo hermano había muerto en Nachla, y el atrevido machumita Aswad. Amir logró vengar su sangre matando á un libertado de Omar; pero cuando Aswad corrió hacia la fuente para cumplir su juramento, se precipitó sobre él Hamsa, tío de Mahoma, «el león del Islam,» y le cortó una pierna. A pesar de esto el herido se

adelantó arrastrándose y parando los golpes con su espada hasta que rodó dentro de la fuente, cuyos bordes no eran muy altos, y mojó sus labios en el agua, y luego empezó á patear con la pierna sana para hacer el agua inservible, hasta que la espada de Hamsa puso fin á su vida.

Despues salieron de las filas los primeros hombres de la Meca, Scheiba, Otba y el hijo de este El-Walid, y retaron á combate singular «entre dos ejércitos;» en el camino estos jefes habían aconsejado no proseguir la marcha y se les había escarnecido por ello, y así querían demostrar entonces que no había sido la cobardía el móvil de su prudencia. Tres de los ansares salieron á su encuentro, pero el Profeta les hizo señal de retirarse: á sus compañeros de emigración correspondía el laurel de la victoria. Inmediatamente avanzaron Hamsa, Ali y Obeida Ibn el-Harith, de la casa Muttalib, uno de los primeros que se había convertido al Islam. Los dos mas jóvenes, Ali y El-Walid, comenzaron la pelea, pero pronto cayó este mortalmente herido. Acudió entonces Otba para vengar la muerte de su hijo, mas no tardó en caer también herido de un tajo de Hamsa. Mas larga fué la lucha entre Scheiba y Obeida; ambos antiguos y avezados guerreros se defendían diestramente, pero por último consiguió el de la Meca cortar el pié á su adversario (1). Cayó Obeida, mas corrieron á su auxilio Ali y Hamsa, mataron á Scheiba y condujeron al herido á la retaguardia. Este desenlace abatió á los koreischitas; pero entre ellos había hombres valientes que ardían en deseos de vengar el descalabro. Hacia el medio día se hizo general el combate, pero á pesar de su mayor número los infieles no consiguieron sobreponerse á los musulimes en las luchas personales secundarias que se siguieron. De este modo fué cundiendo gradualmente el desaliento en sus filas, mientras que Mahoma animaba á los suyos para resistir hasta lo último con repetidas seguridades del auxilio divino. Era un áspero día de invierno, la tempestad rugía en el valle empujando espesos nubarrones: entonces grita Mahoma que viene el ángel Gabriel con legiones de ángeles para precipitarse sobre los enemigos. Ya habían muerto casi todos los jefes de la Meca; la tenacidad de la lucha era, para los demás, que habían creído dispersar sin esfuerzo á la pequeña hueste de sus adversarios, tan inesperada como irresistible, y así pronto comenzaron á vacilar. En aquel momento el Profeta ordenó un ataque general; con una imprecación arrojó un puñado de guijarros contra los de la Meca, los cuales, sobrecogidos de pavor, se dispersaron en desordenada fuga.

Esta no es, naturalmente, mas que la historia externa del combate como se presenta á los ojos de los incrédulos. Pero nosotros estamos también exactamente informados del curso verdadero de la lucha. Sabemos que al lado de los koreischitas había peleado Satanás bajo la forma de un hombre conocido, Ssúrafa, animando á los infieles y excitándoles á pelear; pero cuando los ángeles avanzaron en tres regimientos, de mil cada uno, á las órdenes de Gabriel, Miguel y S Rafael, se atemorizó extraordinariamente, echó á correr dando fuertes alaridos y se precipitó en el mar. Hasta se ha conservado el testimonio de un pescador digno de crédito, que vió con sus propios ojos cómo Ssúrafa (que fuera este el diablo en persona no lo sabía el hombre) se arrojaba al agua. Los racionalistas dirán ciertamente que el buen Ssúrafa no había hecho mas que huir y que despues, cuando se convirtió al Islam, quiso congraciarse con este relato: ya sospechamos de él algo parecido con motivo de otra historia maravillosa mas antigua. Pero también han llegado hasta nosotros, de otras

(1) Las cabezas estaban protegidas por almetes y los cuerpos por cotas de malla: de ahí que se hable tan frecuentemente de piernas y brazos cortados.